

Quizá porque, como él mismo confesaba, a fuerza de oír su inagotable y duro canto interior, se iba quedando sordo a toda otra música.

Pasaré, pues, a mi intento de destacar ciertos momentos estelares de la aventura poética de los dos escritores que sirvan de hitos para apreciar el paralelismo vital de sus singularidades creadoras.

He escogido como punto inicial de mi experimento un lapso de tiempo en que casi se corresponden el correr de los días y de las noches de ambos poetas con las tensiones interiores de sus estados de ánimo. Las fechas de sus respectivas hazañas literarias son casi coincidentes, mente y corazón de ambos trabajan y palpitan con diversa intensidad, pero con ritmos acordes; sus sueños apuntan a una misma lontananza, sus voces, aunque de distinta tonalidad, se enlazan en lo que hoy, a la distancia de los años, nos parece sorprendente contrapunto. En 1887 escribe Rubén Darío, y publica en *La Epoca*, de Santiago de Chile, un cuento titulado «El rey burgués». En 1895, Miguel de Unamuno publica en *La España Moderna* un ensayo titulado «Sobre el marasmo actual de España».

Un cuento y un ensayo. Ambos se incluyeron, más tarde, en libros primerizos que lanzaron a la fama a sus autores. Dos jóvenes poetas reconocen, tantean entonces, por distintos caminos y con diferentes medios, el mundo que les ha tocado vivir. Los dos se proponen establecer por escrito un programa, una fe de vida de escritor. Sin manifiestos, creando obras que son, en sí mismas, el cumplimiento de sus programas. Desde la ventajosa perspectiva que nos da el siglo casi transcurrido desde entonces, ya en el centenario del nacimiento de Rubén Darío, podemos ver en lontananza la obra entera de ambos escritores. Desde este «ahora y aquí» podemos ya establecer que tanto Darío como Unamuno eran, desde sus primeros escritos, poetas de entraña y vocación absoluta. La visión de conjunto de la obra cuantiosa de ambos no ofrece lugar a dudas. No importa que su esfuerzo se canalizase hacia otras formas literarias, sobre todo en el caso de Unamuno. Ensayo, crónica, novela, cuento, drama, fueron realmente envolturas que ocultaban las voces líricas entrañables de ambos autores. Lirismo, visión interior adivinadora de misterios, poesía de raíz, hay siempre en la desnudez última de cualquiera de sus obras.

Por eso, decir que en dos textos en prosa como los indicados pueda verse ya la andadura paralela en que va a transcurrir más tarde la existencia de los poetas, no debería sorprendernos demasiado. Lo que quizá parezca extremado será el comparar un cuento y un ensayo de tema, índole y estilo tan diferentes. Pero si lo que nos proponemos es hallar, más que coincidencias aparentes, las tensiones interiores de los

dispositivos vitales de ambos escritores, habrá que perderle el miedo a lo desconocido.

Mi idea de ver en ambos textos dispares tensiones del ánimo paralelas, relacionadas por un extraño parentesco, surgió de un puro chispazo intuitivo. Dos metáforas, demasiado obvias pero casi invisibles, por lo claras y directas, encendieron la chispa: *rey burgués*, el título y personaje del cuento de Darío, y *Don Quijote retirado*, imagen de que se vale Unamuno en su ensayo para expresar el estado de marasmo en que vive el español medio de su tiempo. Ambas metáforas condensan la esencia de lo dicho en ambos textos: Rubén Darío nos cuenta, entre opacidades, fríos y tristezas, un cuentecillo que califica irónicamente de «alegre»; en él nos narra las desdichas del poeta en la corte de un rey que no tiene alma de rey, sino de burgués. El destino del poeta, en la corte del usurpador de la monarquía del espíritu, es tristísimo: se muere de frío en el jardín, dándole vueltas al manubrio de una caja de música. Mientras tanto, el rey burgués «con la cara inundada de cierta majestad, el vientre feliz y la corona en la cabeza, como un rey de naipes» escucha, dentro, en su palacio, ante la mesa de un banquete opíparo, «los brindis del señor profesor de retórica, cuajados de dáctilos, de anapestos y pirriquios, mientras en las copas cristalinas hervía el champaña con su burbujeo luminoso y fugaz». La anécdota, trivial, después de todo, está contada con temple humorístico y poético de alta calidad. Y eso es lo que importa y por lo que el cuento vale. En «El rey burgués» está ya todo el gran Darío, con su exuberante riqueza verbal, pero, sobre todo, con su protesta frente a la suprema injusticia del mundo moderno, que no es otra que la relegación a segundo o tercer plano en que la sociedad tiene a las personas de talento creador. En «El rey burgués», el poeta clama por la vuelta a la Arcadia, canta el ansia de un mundo mejor, donde la bestia humana se dulcifique y espiritualice en el cultivo de la belleza.

Miguel de Unamuno, por su parte, agita ya en este su temprano escrito el zurriago hiriente de su prosa para sacudir a Don Quijote, símbolo supremo de España, de la siesta insensata en que se halla adormecido durante los años que preceden al desastre colonial de 1898. No me parece casual la coincidencia de estado de ánimo, ni su resultado en forma escrita: Unamuno, como Darío, se enfrenta a una situación donde se están falsificando y olvidando unos valores—a una «deshumanización», diríamos hoy—y, al no aceptarla, señala la necesidad imperiosa de volver a un camino, a una manera de andar por la vida, que aun siendo castiza y entrañable no sea incompatible con el mundo moderno. Si los españoles, nos dice, se cultivasen a sí mismos, y empezaran por reconocer lo que en ellos es «intracastizo»

—frente a casticismos fáciles o cómodos—no habría que temer a las influencias extrañas. Todo lo contrario, nos dice el Unamuno temprano, «los jóvenes ideales cosmopolitas» avivarían como «ducha reconfortante» la radical originalidad creadora de los españoles. En «Sobre el marasmo actual de España», pues, está afirmando Miguel de Unamuno, en 1895, una actitud vital muy semejante a la afirmada por Rubén Darío ocho años antes en «El rey burgués». Lo afirmado es, a fin de cuentas, la superioridad del mundo del espíritu sobre el mundo de la materia, de las convenciones y de «lo establecido». En ambos escritos se lee entre líneas que a sus autores les quema una misma ansiedad: la de decirles, cantarles o gritarles a los hombres que hay que volver a un orden humano y humanizante, y que el aliento ordenador debe ser la llama del espíritu y no el fango de la charca social. La necesidad de clamar en el desierto, para ver si los hombres oyen la llamada y se ponen en camino de ser hombres, es ya en estos tempranos escritos fuerza imperativa e ineludible para ambos poetas.

La coincidencia de estado de ánimo no puede ser más sorprendente para el lector de hoy, una vez se penetra bajo las apariencias, o una vez se deja de leer a Unamuno y a Darío tratando de encontrar en sus obras lo que se nos dice en los libros de crítica y erudición que «hay que encontrar». Claro que quizá se me pueda objetar que, después de todo, no he dicho nada nuevo y que la mayoría de los grandes escritores coinciden en la exaltación de la supremacía del espíritu humano. Pero, sin negar que me estoy aproximando a tan perogrullesca generalización, me permito insistir en que el paralelismo de este momento juvenil Darío-Unamuno no es tan obvio ni tan generalizable. Lo característico de la exaltación poética de ambos escritores es, a mi modo de ver, su totalidad, la no admisión de términos medios. Frente al mundo moderno—se empieza ya en aquellos años a hablar de «lo moderno»—, con sus aplastantes tecnocracias, burocracias, plutocracias, objetocracias, y demás «cracias» deshumanizantes, los poetas levantan su pequeña pero enhiesta bandera: la de la ilusión poética. Cada poeta, desde entonces, se lanza a la protesta como puede, a su manera; pero los dos aquí comparados coinciden en hacer arte supremo del canto solitario del individuo excepcional. Ambos coinciden en afirmar la necesidad del encuentro con la entraña lírica que humaniza al hombre. El hombre está destinado a ser «rey de sí mismo», no burgués, cifra estadística o «consumer» de productos industriales. El hombre, español, hispanoamericano, norteamericano, ruso, o chino, no debería de olvidar su meta última y tendría que esforzarse por llenar de sentido las pequeñas ansias de cada día buscando la

verdadera raíz de su alma. El hombre no puede renunciar a su perentoria obligación: humanizarse, hacerse hombre. El rey no puede ser burgués, ni Don Quijote puede retirarse. Don Quijote sólo llega a ser Don Quijote en el camino, y el burgués, o el proletario, sólo pueden justificar sus alzamientos contra reyes y señores para reinar y enseñorearse de sí mismos. El poeta no puede aceptar la subversión de valores que el salón del «rey burgués» simboliza o que el «retiro» de los Quijotes amenaza. Por eso el poeta, después de reconocer y formular el diagnóstico del mal de su época, se impone una misión. Sobre esa conciencia de misión podríamos trazar muchos puntos paralelos entre las trayectorias vitales de los poetas Unamuno y Darío. No harían sino confirmar lo advertido en algunos de los escritos primeros. Veamos algunas muestras:

Deliberadamente prescindo de un paralelismo cronológico riguroso y exacto, pues el estudio del desarrollo de la conciencia misionera de ambos poetas está por hacer. Un poco al azar, ya que estas líneas no pasan de ser un ensayo, se me ocurre comparar textos como el poema de Rubén Darío «¡Torres de Dios! ¡Poetas!», incluido, en 1905, en *Cantos de vida y esperanza*, y el ensayo poético dialogado de Miguel de Unamuno «Yo, individuo, poeta, profeta y mito», publicado en *Plus Ultra*, de Buenos Aires, en 1922. Ambos escritos pueden verse como culminación ejemplar de una obsesión intuitiva que los dos comparten. No importa su distancia en el tiempo, ni tampoco la posibilidad de que el texto de Unamuno pueda haber sido *influido* —¡con qué ligereza usamos ese verbo los que escribimos sobre literatura!— por el de Darío. Se podría demostrar el paralelismo progresivo, día a día, texto a texto, en que crecen las dos conciencias poético-proféticas. En sus principios, como ya he señalado, el paralelismo vital y el poético son claros. Unamuno sigue en 1922 un impulso, un ansia, que le llevaba al mismo infinito hacia el que caminaba Rubén y hacia el que éste hubiera seguido caminando de no morir en 1916. Difícil es, además, señalar influencias en el escritor ovíparo que era don Miguel. Decir tal cosa sería también, supongo yo, no tener idea de cómo escribe un verdadero escritor. ¿Qué queda, pues? Algo que a mí me parece evidente: textos, de los cuales los dos sugeridos son sólo un par de buenas muestras, que indican una tensa acción vital del espíritu en dirección de ideales y sueños comunes, compartidos misteriosamente.

Se ha tendido, por lo general, a destacar en Unamuno el aspecto más particular de su estética, el que muchos críticos creen ser un antiesteticismo, o, más concretamente, un antimodernismo. Se ha venido olvidando de ese modo que toda la obra de Unamuno —por ser eminentemente poética— es poesía de tensiones interiores, de extremos vi-